

**E**l último episodio de la guerra de independencia cubana arranca el 24 de febrero de 1895, este último acto provocó que unos 220.000 jóvenes peninsulares y unos 50.000 voluntarios cubanos formaran, según palabras de Moreno Friginals, parte del mayor ejército colonial organizado por una metrópoli europea en las últimas décadas del siglo XIX. Cada una de las provincias españolas, y Cuenca no fue una excepción, aportó miles de hombres a esta dura e incomprensible contienda. La participación de los conquenses (sobre un total del 10% del total), supuso para cada uno de los pueblos proporcionar un promedio de una decena de hombres nacidos entre 1872 y 1878. Estas cifras supusieron, sin lugar a dudas, una auténtica hemorragia humana para el Estado español.

Cuenca lloró, como todas las provincias españolas, al inicio, durante el desarrollo y al final de la guerra y por los muertos en la contienda. Unos hablan de 30.000 y otros de 50.000 los perecidos que se llevó la lucha en sus más de tres años de duración. La cifra exacta, posiblemente, no llegará a saberse nunca, pero sin lugar a dudas las investigaciones en curso nos hablan de cifras estremecedoras, la mayoría, víctimas de las terribles enfermedades para las que no estaban preparados nuestros soldados y para las que no tenían defensas. Pero lo más duro para conquenses y españoles, fue recibir a esa gran cantidad de repatriados, muchos de ellos enfermos y moribundos, que durante años poblaron las calles de nuestras ciudades y villas.

El regreso del soldado enfermo es siempre triste y la acogida que la patria les propició no fue en muchos casos la que en justicia se les debía. Lejos quedaban los opíparos desayunos con los que se solía empezar el día de las despedidas en los principales puertos de España, y con ellas las palabras de políticos y eclesiastas, y cómo no, los vibrantes acordes de la marcha de Cádiz, marcha que utilizando un símil actual, *se convirtió en el número 1 de las más escuchadas en aquellos meses*. Atrás quedaron las imágenes descritas por la prensa de todos los rincones del Estado español, pañuelos al viento, lanzamiento de flores, repique de tambores y cornetas, agitar de manos de quienes despedían, públicos numerosos, que generalmente eran los que no iban a la guerra, y claro los que partían con la esperanza de un pronto regreso victorioso.

Este trabajo que presentamos es una aproximación a un aspecto de la repatriación, en este caso la de los soldados enfermos, devueltos a la Península a seguir con sus tratamientos, justo antes del tramo final de 1898 cuando la pérdida de las colonias ya se había consumado. La fuente de la que nos serviremos serán las ya citadas relaciones que de forma más o menos periódica fueron apareciendo en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra desde enero de 1896 a mayo de 1898. En un ejercicio de paciencia, hemos vaciado los listados de los Diarios llegando a contabilizar hasta 21.998 soldados repatriados con licencia por enfermedad de 4 meses a continuar en España, y de éstos discriminamos a los naturales de Cuenca y de aquí los de la villa de Iniesta, que son los que por el ámbito de este trabajo nos interesan.

ENFERMOS CON LICENCIA DE 4 MESES

AÑO	ESPAÑA	CUENCA	INIESTA
1896	822	12	1
1897	17.880	314	4
1898	3.296	39	1
TOTAL	21.998	365	6

Fuente: elaboración propia a partir de los listados publicados en los DD.OO.M.G

## LOS ENFERMOS. LA OTRA CARA DE LA GUERRA DE CUBA

**Antonio García Ramos**

*Militar en la Reserva*

**José Luis Cifuentes Perea**

*Licenciado en Historia Contemporánea*

*Universidad de Barcelona*

Antonio García Ramos y José Luis Cifuentes Perea



65

LOS ENFERMOS. LA OTRA CARA DE LA GUERRA DE CUBA

# YANASTA

Las llegadas de expediciones durante el conflicto fueron muchas y sucesivas, y aunque levantaron atención no fueron igual a las que vendrían una vez consumado el desastre. Los jóvenes volvían enfermos y llenos de muerte. Tan mala impresión causaban sus llegadas que el diario madrileño *El Imparcial* publicaba el 23 de octubre de 1896 un artículo, «*Para los heridos de Cuba*» en el que se denunciaba la penosa situación del soldado, consumido por las fiebres, agotado por las marchas, extenuado por el clima, debilitado por la mala alimentación..., y apenas atendido cuando arribaba a la Península.

Para comprender la trascendencia que tuvo esta guerra en la sociedad como un todo, sólo tenemos que darnos cuenta cómo movió a diversas instituciones privadas, entre la caridad y el paternalismo, a efectuar cuestaciones y recolectas en beneficio de los repatriados ante el deprimente y conmovedor espectáculo que ofrecía el estado en que regresaban los enfermos y heridos al suelo patrio, nunca antes había ocurrido nada igual. La suscripción promovida por el diario *El Imparcial* a nivel nacional, fue la que mayor solidaridad despertó entre los ciudadanos, con lo que en algo se paliaba la injusticia de la situación. Fueron publicados listados y listados de particulares, instituciones privadas, empleados de organismos públicos, etc., que ofrecían su óbolo solidario y el periódico empleaba en preparar comités de recepción en los puertos de llegada a fin de socorrer a tanto desesperado. A través de unas oficinas abiertas en Santander, La Coruña, Madrid y Cádiz, (y así lo veremos más adelante) llamadas Juntas de Socorro a la que pertenecían autoridades locales, personas con títulos nobiliarios y empresarios, donde se proveían de mantas, uniformes nuevos, calzados, mejoras para el transporte por ferrocarril a sus pueblos de origen, ya que la tropa sólo tenía derecho a viajar en 3ª clase y mediante el aporte de la diferencia de dinero, pasaban a 2ª o 1ª clase, dependiendo de la gravedad del enfermo.



66

La arribada a puerto de grupos de jóvenes, algunos irreconocibles, muchos con miembros amputados, otros gravemente enfermos y la inmensa mayoría con síntomas de desnutrición, mareos y cansancio infinito fue una constante en el devenir de 1896, 1897 y 1898. Algunos de estos despojos humanos que vomitaba la guerra, fallecían justo al desembarcar, ya con la miel en los labios. Otros, cuando ya se creían sanos y salvos, aún tenían que pasar la cuarentena preceptiva en un lugar, casi siempre islote, en un lazareto hasta que se demostrara en unas semanas que no se traía incubada alguna enfermedad infecciosa o transmisible.

Cuando utilizamos la expresión “*justo al desembarcar*” en el párrafo anterior, estamos aludiendo al sistema de evacuación del buque al tocar puerto. En el caso de La Coruña, como en la mayoría de los puertos españoles a finales del XIX, no existían muelles con calado suficiente para posibilitar el atraque junto a ellos, el barco quedaba a cierta distancia y por medio de gabarras y bateas eran acercados a tierra firme los pasajeros. Los que podían mantenerse en pie bajaban por una escalerilla hasta estas pequeñas embarcaciones y transportados a las de acceso a las instalaciones portuarias; el problema surgía cuando muchos de los repatriados estaban incapacitados para bajar por su propio pie o estaban moribundos; en estos casos, y seguimos con el ejemplo del puerto de Coruña, el enfermo tenía que ser introducido en un cajón, e izado por la grúa del barco, ser depositado en la gabarra, y poco después, al llegar junto al muelle, ser izado de nuevo por otra grúa de las instalaciones portuarias y depositado el cajón en tierra, acto seguido se colocaba al enfermo en una camilla y era transportado a un carruaje o ambulancia que lo llevaba a su vez al sanatorio. Especialmente penoso sería este proceder en los puertos de la cornisa norte, Coruña o Santander, cuando estas operaciones hubieran de hacerse en días de frío intenso, lluvia o viento, o los tres a la vez.

Las autoridades políticas, conscientes de lo que se les venía encima, intentaron paliar la imagen que proyectaban estos grupos de repatriados al resto de la población, muestra de ello fue la Circular publicada en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra (en adelante DOMG) del 28 de febrero de 1896<sup>1</sup>, por la que se dictaban normas de obligado cumplimiento, normas que en teoría se aplicaban a los soldados declarados inútiles en la Isla, y que debían ser pasaportados a la Península con los haberes que les correspondieran ya liquidados, más otro mes adicional. Además, al tocar el barco puerto, se hacía cargo de los repatriados un oficial, que ya los estaba esperando a pie de buque con sus auxiliares, para darles la documentación necesaria y conducirlos

<sup>1</sup> *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, 28 de febrero de 1896. Diario Oficial, número 46, págs. 768- 769

a la estación de ferrocarril más próxima, naturalmente con el viaje a cuenta del Estado, y si ya llegaban con franco deterioro de la salud, ingresarlos en un hospital.

Si las fechas de llegada estaban comprendidas entre el 1° de noviembre y el 31 de marzo, se le proveía sin cargo alguno un chaleco y una manta, incluso si el estado de salud del individuo repatriado era muy precario, podía ser acompañado por otro soldado nombrado al efecto. O si tenía que hacer transbordo en tránsito, y debía esperar varias horas, la Guardia Civil habría de alojarlo en la casa cuartel hasta la hora de llegada del enlace correspondiente.

Si el joven soldado venía enfermo y aún no había cumplido la totalidad de la fase activa del servicio militar, se le concedía cuatro meses de permiso, eso sí, sin derecho a percibir remuneración alguna mientras permaneciera en esa situación. Año y medio después, concretamente en el DOMG de 31 de julio de 1897, otra Circular ampliaba el plazo de cuatro meses para los enfermos que lo necesitasen con prórrogas adicionales.

A la vista de estas prevenciones ordenadas por el Ministro de la Guerra y refrendadas por la Reina Regente María Cristina, cabría preguntarse, qué es lo que falló para que se dieran esas escenas cargadas de patetismo a las que hacíamos alusión anteriormente, y que tanta huella han dejado en el imaginario colectivo a lo largo de la centuria posterior. Varias son las respuestas que podríamos anotar, siendo la más plausible aquélla que fija en el gigantesco movimiento de personal realizado y a las distancias tan distantes enviado. No nos olvidemos que en un momento cronológico coincidieron dos guerras, la de Cuba y la de Filipinas. Sin lugar a dudas tan colosal empresa rebasó las posibilidades de gestión por parte del Gobierno de la metrópoli. Casi podríamos decir que fue una anticipación de los grandes movimientos de tropas que hubo en la primera mitad del siglo XX, con motivo de las dos guerras mundiales. También podríamos añadir que parte de culpa la tuvo la corrupción sempiterna de la Administración civil y militar, que ralentizaba cuando no impedía, que las órdenes e instrucciones que acabamos de leer cumplieran su función reguladora, o no había mantas suficientes en los Depósitos de Transeúntes, o no se habían tramitado con la antelación suficiente los pasaportes correspondientes, o los haberes se encontraban retenidos en algún despacho porque no cuadraba la liquidación final.

Pero, además, no podemos caer en la tentación de olvidar lo poco que valía una vida por aquel entonces, la vida de un soldado de reemplazo, cosa ésta que daría pie a escribir mil páginas sobre tan controvertido episodio social de nuestra historia, sólo tenemos que pensar, comparándolo con la época actual, que en las misiones internacionales o incluso en las propias guerras actuales, asimétricas o como se llamen, los países y sus ejércitos se plantean el reto de bajas cero (0), y casi se consigue. Esta mentalidad no casa con la que había cien años antes, donde ocupar los puestos de mayor riesgo y fatiga y morir por la patria era la máxima expresión del honor militar, y ahora, se prefiere que las tropas enemigas sean las que den la vida por su país.

Se clamó ya bien entrada la guerra al Ministro correspondiente, en vista del elevado grado de deterioro de salud que traían los soldados repatriados, para que hiciese que en La Habana se distribuyeran a los enfermos en los barcos, en coherencia con su lugar de procedencia familiar, para que desembarcaran en el puerto más cercano y que por tanto el viaje en tren fuese más corto, y así se ordenó a las autoridades coloniales en la Circular correspondiente, pero sólo tenemos que echar un vistazo al cuadro de evacuados enfermos nacidos en Iniesta para comprobar que ninguno de los seis lo fue en puerto levantino, que por lógica era el más cercano. Pero si ampliamos la investigación, y así lo hemos hecho, al resto de los repatriados enfermos de la provincia de Cuenca, provincia perteneciente a la 3ª Región Militar, cuya capital radicaba en Valencia, territorio que disponía de puerto de mar, al igual que Alicante y que es limítrofe con la provincia manchega objeto de nuestro estudio, vemos que las instrucciones para derivar a los puertos más cercanos a sus lugares de origen a los enfermos eran papel mojado, suponemos que por la dificultad que entrañaba ese sistema de organización de las evacuaciones. Una posible explicación a ese no hacer sería la demora en completar un barco, con unas 700 plazas, de mozos de una misma región, lo cual podía demorar su salida de la Isla o peor, era imposible de calcular cuando estaría completo y por tanto listo para zarpar.

De nuestro vaciado de datos hemos visto cómo desgraciadamente los soldados evacuados por enfermos de la provincia de Cuenca, lo fueron en casi sus dos terceras partes a los puertos de La Coruña y Santander,



# YANASTA

aprovechando la misma ruta. Es decir, el mismo barco y viaje, atracaba primero en el puerto gallego y al día siguiente en la capital cántabra. El tercio restante era prácticamente evacuado en Cádiz; que junto a dos desembarcos en Málaga, otro en Barcelona y uno más en Alicante, alcanzan la cifra de 367 conquenses los que hemos constatados como repatriados con licencia de cuatro meses por enfermos. Estos datos deberían de ser tomados como de mínimos, ya que no descartamos que hubiera más y que por las circunstancias anteriormente aludidas, no fueran publicados en los boletines oficiales del Ministerio de la Guerra.

Visto lo anterior, y por más que se intenta comprender las dificultades en la organización de tan gigantesca evacuación, unos 22.000 de toda España, no se acierta a vislumbrar las razones por las que los 232 evacuados de Cuenca y provincia en la ruta norte, 124 lo fueron en La Coruña y 108 en Santander. Por qué no los bajaban a todos en el mismo puerto, quizás fuera para prevenir la saturación de los hospitales, o para no desbordar los lazaretos. Éstas podrían ser las únicas justificaciones que se nos ocurren para separar a personal que van a un mismo lugar de destino final, en este caso Cuenca, en dos puertos separados por centenares de kilómetros.

Los enfermos que iban llegando no quedaban a su libre albedrío, la mayoría eran ubicados para su control administrativo en el regimiento Mallorca nº 13, por estar la guarnición de esta unidad en Valencia, capital de la tercera región militar, a la que como sabemos, pertenecía Cuenca. Nuestros soldados conquenses eran despachados a sus casas sin haberes, ni su correspondiente pan en dinero, ya que no lo comerían ni en la manigua ni en el cuartel, cosa ésta que por ausencia de gasto suponía un retorno al Tesoro.

Con las secuelas de aquellas fiebres, tisis y diarreas reflejadas en sus enfermizos y macilentos cuerpos, surgirían las consultas al médico del pueblo, al boticario del pueblo que sabe de hierbas o al tío Emilio, o la *señá* Vicenta que por viejo/a sabe de la vida, y que lo mismo quita un *sanvito*, que ayuda a la retinta a *traé* un mamón.

Llegados al pueblo, la pregunta general era con qué dinero se iba al médico o a la botica, porque al tío Emilio o a la *señá* Vicenta se le llevaba una gallina o se le da un saco de patatas o un capazo de tomates. La carga que para las familias suponía la vuelta del hijo enfermo era significativa y se echaba mano de lo que se tuviera para ver de dar respuesta al hijo. Los Montes de Piedad hicieron su agosto, recogiendo vajillas, plata superviviente del ajuar, almireces de bronce, alguna que otra herramienta del campo, etc. Si bien es verdad, que cabía la posibilidad de acudir al hospital militar más cercano, después del calvario sufrido en clínicas, enfermerías y hospitales de Cuba, hasta por fin llegar a casa, inútil la mayoría por la debilidad provocada por la mala comida de esos lugares, es dudoso que se aventuraran de nuevo a ingresar y quién sabe si para no volver jamás.

## LA REPATRIACIÓN DE LOS SOLDADOS DE INIESTA

Entre los muchos miles de soldados que vivieron la experiencia de la Repatriación, también los había de la villa de Iniesta. Hasta un total de 6 soldados hemos localizado en el vaciado al que hacíamos referencia párrafos atrás.

Nombre de los soldados	Llegada	Puerto de arribo	Nombre del Vapor	Muertos travesía
Sebastián Elineaga Prieto	25/12/1896	Cádiz	María Cristina	8
Desiderio Utiel García	26/03/1897	Cádiz	Ciudad de Cádiz	10
José López Márquez	29/11/1897	Coruña	Alicante	7
Patricio Zambroneo García	02/12/1897	Coruña	Alicante	7
Antonio Tórtola Pardo	16/12/1897	Cádiz	Colón	4
Gustavo Gómez Olarriaga	26/01/1898	Cádiz	Montserrat	6

Fuente: elaboración propia a partir de los listados publicados en los DD.OO.M.G.

Y

**Sebastián Elineaga Prieto** era uno de los 307 soldados que el vapor Reina María Cristina conducía en sus bodegas. Llegado de Cuba el 26 de diciembre de 1896, tras algún día de impaciencia, pues era esperado ya antes del día de Navidad, había causado altas cotas de interés su llegada, el diario jerezano *El Guadalete* nos dice en una de sus crónicas que: «*Por el muelle [del puerto de Cádiz] se han visto todo el día muchas personas deseosas de ver el desembarco de los enfermos y heridos que conducen el vapor*»<sup>2</sup>.

La ciudad llevaba días preparando la logística necesaria para recibir a los enfermos, el Sanatorio instalado en el Cuartel de la Candelaria esperaba a sus huéspedes, que finalmente llegarían pasadas la una de la tarde del 26 de diciembre. De los 307 soldados heridos y enfermos, cien de ellos ingresaron en el Hospital de San Juan de Dios y el resto en el Sanatorio instalado en el Cuartel de la Candelaria.

Durante la travesía habían fallecido 8 soldados, ninguno de ellos de Iniesta o de la provincia de Cuenca.

Sebastián aparece citado en la relación de soldados con licencia por 4 meses llegados a Cádiz, en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra de 9 de febrero de 1897, Diario oficial número 29, página 633.

**Desiderio Utiel García**, viajaba en el Vapor de la Trasatlántica Ciudad de Cádiz, vapor que sale del puerto de La Habana el día 10 de marzo de 1897 y llega al puerto gaditano el 26.

El Ciudad de Cádiz conduce en sus fondos 988 pasajeros, de ellos 616 son soldados, muchos heridos y enfermos, 34 han resultado inútiles en campaña, 14 vienen enfermos y 20 heridos de bala o machete. Hay además 30 soldados en estado gravísimo. Los soldados enfermos fueron conducidos al Hospital Militar y al Sanatorio instalado en el Cuartel de la Candelaria.

En la travesía acontecen un total de 10 decesos, entre los cuales localizamos a un joven soldado de la provincia de Cuenca, Mónico Lahoz Carmona, soldado de Infantería, más concretamente del Regimiento de Infantería Gerona, natural de Valdemoro de la Sierra, fallece a los 21 años de edad de fiebre perniciosa. Su cementerio, la mar<sup>3</sup>.

Como nota curiosa añadiremos que los soldados heridos y enfermos fueron socorridos por la Cruz Roja con un donativo de 25 pesetas cada uno<sup>4</sup>.

Desiderio aparece citado en la relación de soldados con licencia por 4 meses llegados a Cádiz, en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra de 18 de mayo de 1897, Diario oficial número 108, página 979

**José López Márquez** y **Patricio Zambroneo García**, son dos de los 809 pasajeros que componen la expedición iniciada en el puerto de La Habana en fecha 14 de noviembre de 1897 por el vapor Alicante, y que tras quince días de travesía llega al puerto de Coruña. El número de soldados enfermos y heridos que componen la expedición se eleva a un total de 778.

La distribución de estos cientos de soldados entre los puntos de atención distribuidos por la ciudad de Coruña, queda como sigue:

- 400 soldados en el Cuartel de Santo Domingo
- 312 soldados en el Cuartel de Alfonso XII
- 26 soldados en el Hospital Militar de Coruña
- 40 soldados en el Sanatorio de la Cruz Roja coruñesa

Según fuentes de la época, el número de fallecidos en la travesía se eleva a un total de 9, ninguno de ellos de Cuenca<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> *El Guadalete*, 24 de diciembre de 1896

<sup>3</sup> Certificados y actas de nacimientos y defunciones. Caja 134 3.1.2/62 Actas de nacimientos y defunciones Ciudad de Cádiz 1897. Fondo documental de la Trasatlántica. Museo Marítimo de Barcelona

<sup>4</sup> *El Guadalete*, 28 de marzo de 1897

<sup>5</sup> *El pensamiento gallego*. Diario católico tradicionalista, Santiago, miércoles 1 de diciembre de 1897



# YANASTA

José y Patricio aparecen citados en la relación de soldados con licencia por 4 meses llegados a Coruña, en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra de 29 de diciembre de 1897, Diario oficial número 292, página 2.093, el primero, y en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra de 27 de enero de 1898, Diario oficial número 20, página 451, el segundo.

**Antonio Tórtola Pardo**, es uno más de los 846 pasajeros de que se componía la expedición del Vapor Colón, llegado a aguas de la bahía gaditana el jueves 26 de diciembre de 1897. La distribución de esos pasajeros era: 2 generales, 6 comandantes, 53 oficiales, 88 marineros, 63 soldados de Infantería de Marina, 10 sargentos y 522 individuos de tropa. Como casi siempre, la travesía de los buques de la Trasatlántica, les obligaba a hacer escala en Puerto Rico tras salir de la Isla de Cuba.

Iniciaron el trayecto de vuelta a España un buen número de soldados enfermos, tanto que en la parada de Puerto Rico tuvieron que dejar varios dado su gravísimo estado de salud. En la travesía murieron 4 soldados, y 10 llegaron al puerto de Cádiz en un estado más que grave.

Una muchedumbre recibe la expedición el día de su llegada, no sabemos si por el morbo de ver llegar preso al sucesor del líder rebelde Antonio Maceo o por dar muestras de cariño a los recién llegados.

Como en ocasiones anteriores, los soldados enfermos fueron distribuidos entre los diferentes cuarteles y el Hospital Militar.

Una segunda curiosidad es que la Nochebuena de 1897, la pasaron en la mar, a bordo del Colón, donde la tristeza se apoderó de la tripulación por el estado agónico de más de un soldado.

Esta travesía será famosa por ser la que conduce a la Península al líder mambí Rius Rivera, sucesor, tras su muerte, del famoso cabecilla mambí Antonio Maceo. La explicación de esta coincidencia, la de un servidor de la patria con un delincuente, es porque los barcos que transportaban soldados enfermos a la Península, a pesar de ser considerados algunos como barcos hospitales, caso del *Alicante*, no se utilizaban en el sentido estricto de la palabra única y exclusivamente para los menesteres sanitarios, sino que también eran aprovechados para transportar correo y paquetería, alguna mercancía de tipo comercial, pasaje general y, sobre todo presos políticos cuando eran deportados a algún penal en las posesiones africanas de España, como Fernando Poo, Chafarinas o Ceuta, o en el propio territorio continental europeo, como pudiera ser el castillo de Santa Catalina en Cádiz o San Antón en La Coruña.

Juan Rius Rivera, sucesor de Antonio Maceo en la jefatura de las fuerzas mambises en la provincia de Pinar del Río, había nacido en Puerto Rico, veterano de la Guerra de los Diez Años, se incorporó a esta nueva etapa bélica en septiembre de 1896. Al morir aquél, en el combate de Punta Brava, asumió el mando del 6º ejército mambí, operando en Pinar del Río, donde fue herido y hecho prisionero a finales de marzo del año 1897, por fuerzas de los batallones expedicionarios de los regimientos La Reina nº 2 y Castilla nº 16.

Tratado consideradamente por sus captores, fue trasladado a La Habana e ingresado en un hospital, parece ser que el general en jefe español, Valeriano Weyler, quería mediante un consejo de guerra sumarísimo condenarlo a muerte, tal como el código de justicia militar disponía, pero según es constatable en la bibliografía<sup>6</sup>, el Gobierno prefirió indultarlo y recluirlo a perpetuidad en el castillo de Montjuich (Barcelona).

El traslado fue efectuado en el vapor Colón, a últimos de diciembre de 1897, coincidiendo con nuestros jóvenes dolientes en el viaje de retorno a casa. A propósito, si consultamos la prensa que se hizo eco de su presencia en el puerto de Cádiz, destino final del barco, el viaje lo hizo *a cuerpo de rey*, en primera clase y comiendo, créanselo, con los oficiales de la tripulación.

---

<sup>6</sup> E. de Miguel Fernández. *La correspondencia de Azcárraga con Weyler sobre la Guerra de Cuba (1896-1897)*. Cartas 50 y 54. UNED Alcira (Valencia) 2010.

# REVISTA DE HISTORIA

Con el final de la guerra, fue liberado y pasó a ocupar diversos cargos públicos en la nueva república cubana.

Antonio aparece citado en la relación de soldados con licencia por 4 meses llegados a Cádiz, en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra de 15 de febrero de 1898, Diario oficial número 35, página 799.

**Gustavo Gómez Olarriaga**, regresa a la Península el 26 de enero de 1898, su procedencia el puerto de La Habana, con escala en Puerto Rico. El viaje de vuelta lo hace en los sollados del vapor correo Montserrat.

En las tripas del Montserrat vienen entre otros 641 soldados, 22 marineros de la Armada, 20 sargentos, 60 jefes y oficiales y un general. Durante la travesía han muerto varios soldados y un capitán, la mayoría de los soldados mueren a causa de la Tisis. Entre los fallecidos localizamos al soldado conquense Benito Cobos Contreras, natural de la localidad de Mota del Cuervo, que cierra sus ojos en aguas del Atlántico el 21 de enero de 1898, pasando a descansar, como tantos otros, en sus azules aguas. El soldado Benito, pertenecía al Regimiento de Infantería Asturias nº 31<sup>7</sup>.

Como en el caso anterior, el viaje del que nos ocupamos, tendrá más trascendencia que otros, la causa la encontramos en el hecho de que el ex ministro José Canalejas vuelve en el mismo de la Isla de Cuba. En 1897, el ilustre hombre público, jurisconsulto y parlamentario, que ha sido tres veces Ministro de Su Majestad, emprende el viaje a la Isla de Cuba. Su patriotismo le hará reaccionar vigorosamente frente a la rebelión de los cubanos. Durante su estancia en la Isla, Canalejas no se limita a visitar cuarteles generales ni a redactar crónicas de guerra. Voluntariamente, viste, a sus cuarenta y tres años, el traje rayadillo, se interna en las zonas de operaciones, lucha como un soldado más y obtiene, por su lucida intervención en diversos combates, la Cruz del Mérito Militar con distintivo Rojo.

Gustavo aparece citado en la relación de soldados con licencia por 4 meses llegados a Cádiz, en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra de 17 de marzo de 1898, Diario oficial número 60, página 1.423

## UNA ANOTACIÓN FINAL

Desconocemos, porque no era ése el objeto de esta investigación, cómo terminaron su estancia en Iniesta estos seis mozos, no sabemos si volvieron a la Isla de Cuba o si alguno terminó muriendo a lo largo de la licencia de 4 meses en la villa. Dejamos esos detalles a nuevos investigadores que quieran recoger el testigo y que sigan haciendo luz sobre este episodio tan poco estudiado como fue la repatriación del soldado español durante la guerra de Cuba. Nada nos gustaría más que se hiciese realidad ese deseo, y que pronto podamos leer en estas mismas páginas u otras cercanas, la continuación de esas seis historias de soldados de Iniesta



<sup>7</sup> Certificados y actas de nacimientos y defunciones. Caja 139 3.1.2/74 *Actas de nacimiento y defunciones Montserrat 1897*. Fondo documental de la Trasatlántica. Museo Marítimo de Barcelona